

su odio no puede más que su vanidad, y tendrá usted en él un aliado; pero si se humilla usted demasiado, él acabaría por pisotearle, porque, como dijo Boileau, el espíritu de la Iglesia es aniquilarlo todo, á ser posible. Señor barón, haga usted creer que deja el servicio activo, y de ese modo creará él que no puede vengarse. Señora, despida usted al vicario, y dará usted la razón á la Gamard. Pregunten ustedes al abate Troubert en casa del arzobispo si sabe jugar al *whist*, y les dirá que sí. Ruéguenle que venga á formar una partida á este salón, donde desea ser recibido, y seguramente que vendrá. Usted es mujer y debe procurar atraerse á ese sacerdote. Cuando el barón sea capitán de navío, su tío par de Francia y Troubert obispo, podrán hacer fácilmente canónigo á Birotteau. De modo que subyúguense hasta este punto, pero háganlo con gracia y amenazando. Su familia puede prestar á Troubert tanto apoyo como él á ustedes, y acabarán por entenderse á las mil maravillas. Por lo demás, usted, como marino, vaya siempre con la sonda en la mano.

—¡Pobre Birotteau!—dijo la baronesa.

—¡Oh! denle ustedes en seguida el pasaporte—replicó el anciano al marcharse.—Si algún liberal diestro se apoderase de este asunto, podría causarles á ustedes disgustos. Después de todo, los tribunales fallarían en su favor, y Troubert, que debe temer la sentencia, podría perdonarles el haber empezado el combate; pero después de una derrota se mostraría implacable. He dicho.

Y cerrando su tabaquera, el propietario fué á ponerse sus zuecos y partió.

Al día siguiente por la mañana, después de almorzar, la baronesa se quedó sola con el vicario, y le dijo, no sin visible embarazo:

—Mi querido señor Birotteau, va usted á encontrar muy injustas y muy inconvenientes mis peticiones; pero por usted y por nosotros es preciso ante todo que abandone usted su pleito con la señorita Gamard, desistiendo de sus pretensiones, y después, que deje usted mi casa.

Al oír estas palabras, el pobre sacerdote palideció.

—Yo soy la causa inocente de sus desgracias—repuso la baronesa,—y sé que, á no ser por mi sobrino, no hubiera usted empezado el pleito que tantos disgustos nos causa hoy á usted y á nosotros. Pero escuche usted.

Y á continuación le contó sucintamente la inmensa importancia de aquel asunto y la gravedad de sus consecuencias. Sus meditaciones nocturnas le habían hecho adivinar los antecedentes probables de la vida de Troubert, y mediante ellas, pudo demostrarle á Birotteau la trama en que estaba envuelta aquella venganza tan hábilmente urdida, y revelarles la gran capacidad y el poder de su enemigo, haciéndole ver las causas de su odio y mostrándose agazapado durante doce años ante Chapeloud, devorando á Chapeloud y persiguiendo aún á Chapeloud en su amigo. El inocente Birotteau juntó las manos como para rezar y lloró de pena al considerar horrores humanos que su alma pura no había sospechado nunca. Tan espantado como si estuviese al borde de un abismo, el buen cura escuchaba con los ojos fijos y llorosos las palabras de su bienhechora, que acabó diciéndole:

—No dejo de conocer todo el mal que hago en abandonarles; pero, cura querido, los deberes de familia son más imperiosos que los de la amistad. Ceda usted como yo hago á esa tormenta, y yo sabré probarle mi agradecimiento. No le hablo á usted de sus intereses: eso corre de mi cuenta. Su existencia estará libre de toda inquietud, y por mediación de Bourbonne, que sabrá cubrir las apariencias, yo haré de modo que no le falte nada. Amigo mío, deme usted derecho á traicionarle, y de ese modo seguiré siendo su amiga, al mismo tiempo que me adapto á las máximas mundanas. Decida usted.

El pobre cura, estupefacto, exclamó:

—¡Cuánta razón tenía Chapeloud cuando decía que si Troubert pudiera ir á inquietarle en la tumba lo haría! Ahora duerme en la cama de Chapeloud.

—No hay tiempo que perder, y no se trata aquí de lamentarse. Vamos á ver, decida usted.

Birotteau era demasiado bueno para no ceder á la abne-

gación irreflexiva del primer momento. Por otra parte, su vida no era ya más que una agonía, como lo dió á entender á su protectora cuando le dijo, dirigiéndole una desesperante mirada que la llenó de dolor:

—En usted confío. Yo no soy más que una broza de la calle.

Esta palabra equivale en Turena á la palabra *brizna de paja*. Pero hay briznas de paja bonitas, amarillas, brillantes, con las que los niños suelen divertirse; mientras que la broza es la brizna de paja descolorida, llena de barro, que rueda por las calles á voluntad del viento y es pisoteada por los transeuntes.

—Pero, señora, yo no quisiera dejar al abate Troubert el retrato de Chapeloud, que fué hecho para mí y que me pertenece. Logre usted, pues, que me lo devuelvan, y renuncie á todo lo demás.

—Está bien, yo misma iré á casa de la señorita Gamard—dijo la señora de Listomere en un tono que reveló el esfuerzo extraordinario que hacía la baronesa de Listomere rebajándose á halagar el orgullo de la solterona.—Yo procuraré arreglarlo todo. Vaya usted á ver al señor de Bourbonne, ruéguele que minute en buena forma su renuncia, tráigame el acta en regla, y después, con el auxilio del señor arzobispo, acaso podremos dar buen fin á este asunto.

Birotteau salió asustado. Troubert había tomado á sus ojos las proporciones de una pirámide de Egipto.

—¿Impedir él que el señor marqués de Listomere llegue á ser par de Francia?—se dijo.

Y después repitió aquellas palabras de la baronesa:

—Con el auxilio del señor arzobispo acaso podremos dar buen fin á este asunto.

En presencia de tan grandes intereses, Birotteau se consideraba un insecto, y se hacía justicia.

La noticia de la mudanza de Birotteau fué tanto más asombrosa, cuanto que su causa era impenetrable. La señora de Listomere decía que su sobrino quería casarse y que, para agrandar su habitación, necesitaba la del vica-

rio. Nadie conocía aún la renuncia de Birotteau á sus derechos. De este modo las instrucciones del señor Bourbonne fueron discretamente ejecutadas. Al llegar estas dos noticias á oídos del vicario general, debían adular su amor propio haciéndole saber que si la familia de Listomere no capitulaba, permanecía por lo menos neutral y reconocía tácitamente el poder oculto de la congregación. Reconocer un poder, ¿no es someterse á él? Pero el pleito permanecía aún *sub judice*. ¿No era esto subyugarse y amenazar á la vez?

Los Listomere habían tomado en esta lucha una actitud enteramente igual á la del gran vicario. Estaban fuera de ella, y podían dirigirla á su antojo. Pero sobrevino un grave acontecimiento que hizo más difícil el logro de los planes meditados por el señor de Bourbonne y los Listomere para apaciguar al partido Gamard-Troubert. La víspera, la señorita Gamard había cogido un enfriamiento al salir de la catedral, y se hallaba en la cama, según rumores, gravemente enferma. Toda la villa repetía las quejas promovidas por una falsa conmiseración: «La sensibilidad de la señorita Gamard no había podido resistir el escándalo de aquel pleito, y, no obstante su derecho, iba á morir de pesar. Birotteau mataba á su bienhechora». Tal era la substancia de las frases anticipadas por el gran conciliábulo femenino, y repetidas complacientemente por toda la villa de Tours.

La señora de Listomere tuvo que pasar por la vergüenza de ir á casa de la solterona sin lograr su objeto, y entonces pidió muy cortésmente hablar al señor vicario general. Orgullosa, sin duda, de recibir en la biblioteca de Chapeloud y en el rincón de aquella chimenea adornada de los dos famosos cuadros á una mujer que no le había conocido, Troubert hizo esperar á la baronesa un momento, y después consintió en darle audiencia. Jamás cortesano ni diplomático alguno emplearon en la discusión de sus intereses particulares ó en la dirección de una negociación nacional más habilidad, disimulo y profundidad que las que desplegaron la baronesa y

el cura en el momento de encontrarse frente á frente.

Semejante al padrino que en la Edad media armaba á su campeón y le animaba con útiles consejos para el momento de entrar en lid, el anciano y astuto propietario había dicho á la baronesa:

—No olvide usted su papel: usted es conciliadora y no parte interesada, y Troubert es asimismo un mediador. Pese usted sus palabras y estudie las inflexiones de la voz del vicario general. Si se acaricia la barba, ya es de usted.

Algunos dibujantes se han entretenido en representar en caricatura el frecuente contraste que existe entre *lo que se dice* y *lo que se piensa*. Aquí, para apreciar bien el interés de la lucha de palabras que tuvo lugar entre el sacerdote y la gran dama, es necesario descubrir los pensamientos que ocultaron ambos con frases insignificantes en apariencia. La señora de Listomere empezó por manifestar la pena que la causaba el pleito de Birotteau, y luego habló del deseo que tenía de ver terminado aquel asunto á satisfacción de ambas partes.

—El mal está hecho, señora—dijo el cura con gravedad,—la virtuosa señorita Gamard se muere... (*Bastante me importa á mí por esa estúpida vieja—pensaba;—pero quisiera cargaros con esa muerte é inquietaros la conciencia, si es que sois bastante estúpidos para creerlo.*)

—Señor, al saber su enfermedad—le respondió la baronesa,—exigí del señor vicario una renuncia que le trata ahora á esa santa muchacha... (*Te veo, gran pillo—pensaba la vieja.—Pero henos ya al abrigo de tus caprichos. Por tu parte, si tomas la renuncia, te pierdes, porque confiesas tu complicidad.*)

Hubo un momento de silencio.

—Los asuntos temporales de la señorita Gamard no me conciernen—dijo por fin el sacerdote cerrando los párpados á fin de ocultar las emociones que pudieran expresar sus ojos de águila. (*¡Oh! ¡oh! ¡no me comprometeréis! pero jalabado sea Dios! los malditos abogados no pleitearán un asunto que podía ensuciarme. ¿Qué querrán los Listomere para mostrarse tan atentos conmigo?*)

—Señor canónigo—respondió la baronesa,—los asuntos del señor Birotteau me son tan extraños como á usted los de la señorita Gamard; pero, desgraciadamente, la religión podría sufrir en esta lucha, y yo no veo en usted más que un mediador, aquí donde yo misma obro únicamente como conciliadora. (*No nos engañaremos uno á otro, señor Troubert—pensaba ella.—¿No ha adivinado usted el sentido epigramático de esta respuesta?*)

—¡Sufrir la religión, señora!—dijo el gran vicario.—La religión está demasiado elevada para que los hombres puedan alcanzarla. (*La religión soy yo—pensaba él.*)—Dios nos juzgará sin error, señora, y yo no reconozco más tribunal que el suyo.

—Pues bien, procuremos poner de acuerdo los juicios de los hombres con los de Dios—respondió la baronesa. (*Sí, la religión eres tú.*)

El abate Troubert cambió de tono, y dijo:

—¿No ha ido su señor sobrino de usted á París? (*Allí habéis tenido noticias mías—pensaba.—Yo puedo aplastaros á vosotros que me habéis despreciado y que ventis ahora á capitular.*)

—Sí, señor, y le doy á usted las gracias por el interés que se toma por él. Esta noche vuelve á París llamado por el ministro, que está atentísimo con nosotros y que no quisiera verle abandonar el servicio. (*¡Fesutta! no nos aplastarás—pensaba ella,—y tu pesada broma no tendrá efecto.*)

Aquí hubo un momento de silencio.

—No me parece correcta su conducta en este asunto—repuso la baronesa;—pero á un marino hay que perdonarle que no conozca el derecho. (*Aliémonos—pensaba.—Ni uno ni otro ganaríamos nada con guerrear.*)

Una ligera sonrisa del sacerdote se perdió en las arrugas de su cara.

—No; siempre nos habrá hecho el favor de enseñarnos el valor de estos dos cuadros, que serán un magnífico adorno para la capilla de la Virgen—dijo mirando aquellas obras maestras. (*Me ha lanzado usted un epigrama—pensaba él,—y yo le devuelvo dos, señora: estamos en paz.*)

—Si los regalase usted á Saint-Gatien, yo le rogaría que me dejase ofrecer á la iglesia unos marcos dignos del lugar y de las obras. (*Quisiera hacerte confesar que codiciabas los muebles de Birotteau*—pensaba la baronesa.)

—No me pertenecen—dijo el sacerdote poniéndose de nuevo en guardia.

—Pero aquí traigo una acta que termina toda discusión y hace dueña de ellos á la señorita Gamard—dijo la señora de Listomere colocando la renuncia sobre la mesa. (*Señor, ya ve usted cuánta confianza me inspira*—pensaba ella.) Señor, es muy propio de usted y de su hermoso carácter reconciliar á dos cristianos; aunque yo ahora me tomo muy poco interés por el señor Birotteau.

—¿Sí? pero ¿no es su huésped?—dijo interrumpiéndola.

—No, señor, ya no está en mi casa. (*La dignidad de par de mi cuñado y el ascenso de mi sobrino me hacen cometer muchas cobardías*—pensaba la baronesa.)

El cura permaneció impassible; pero su actitud tranquila era el indicio de las emociones más violentas. El señor de Bourbonne era el único que había adivinado el secreto de aquella paz aparente. El sacerdote triunfaba.

—Pues ¿cómo se ha encargado usted de su renuncia?—preguntó Troubert movido por un sentimiento análogo al que empuja á una mujer á hacerse repetir las alabanzas.

—No he podido menos de sentir compasión. Birotteau, cuyo carácter débil debe usted conocer, me suplicó que viniese á ver á la señorita Gamard á fin de obtener como precio de su renuncia á...

El cura frunció las cejas.

—...*A derechos* reconocidos por distinguidos abogados, el retrato...

El sacerdote miró á la señora de Listomere.

—...El retrato de Chapeloud—dijo la baronesa continuando.—Le hago á usted juez de su pretensión... (*Si pleiteases, saldrías condenado*—pensaba.)

El acento que tomó la baronesa para pronunciar las palabras *distinguidos abogados*, hizo ver al sacerdote que conocía la parte fuerte y la parte débil del enemigo. La

señora de Listomere demostró tanto talento á aquel conocedor consumado en el curso de aquella conversación, que se mantuvo mucho tiempo en este tono, que el cura bajó á la habitación de la señorita Gamard para ir á pedirle una contestación á la transacción propuesta. Troubert volvió en seguida.

—Señora, he aquí las palabras de la pobre moribunda: «El señor cura Chapeloud me demostró demasiada amistad para que yo me separe de su retrato»—me ha dicho.—Por mi parte—repuso,—si me perteneciese, no lo cedería á nadie, pues tuve un cariño demasiado constante al difunto para no creerme con derecho á disputárselo á todo el mundo.

—Señor, no nos malquistemos por una mala pintura. (*Me importa á mí tanto por ella como á usted.*) Consérvenlo ustedes y mandaremos hacer una copia. Celebro ver terminado este triste y deplorable pleito que me ha proporcionado el placer de conocerle personalmente. He oído hablar de su talento para jugar al *wisth*—le dijo sonriendo,—y si usted quiere venir á jugarlo alguna vez á mi casa, no dude que será perfectamente acogido.

Troubert se acarició la barba.

—(*Ya es mío; Bourbonne tenta razón*—pensó la anciana.—*Este cura tiene su dosis de vanidad.*)

En efecto, el gran vicario experimentaba en aquel momento la deliciosa sensación á que Mirabeau no sabía resistir cuando, en la época de su poder, veía abrir ante su coche la puerta cochera de un palacio cerrado antes para él.

—Señora—respondió el vicario,—tengo demasiadas ocupaciones para frecuentar el mundo; pero por usted, ¿qué no haría uno? (*La solterona va á reventar, y yo trabaré amistad con los Listomere y nos serviremos mutuamente. Vale más tenerlos por amigos que por enemigos.*)

La señora de Listomere volvió á su casa, esperando que el arzobispo consumaría una obra de paz tan felizmente empezada; pero Birotteau no sacaría provecho alguno de su renuncia. La señora de Listomere supo, al día siguiente,

la muerte de la señorita Gamard. Una vez abierto el testamento de la solterona, á nadie sorprendió que ésta hubiese nombrado su heredero universal á Troubert. Su fortuna fué estimada en cien mil escudos. El vicario general envió dos esquelas de invitación para el entierro de su amiga á casa de la señora de Listomere: una para ella y otra para su sobrino.

—Hay que ir—dijo la baronesa.

—Es claro—exclamó el señor de Bourbonne,—el envío de esas esquelas demuestra que monseñor Troubert quiere probarles. Barón, vaya usted hasta el cementerio—añadió volviéndose hacia el teniente de navío que, desgraciadamente para él, no había salido aún de Tours.

Verificóse el entierro, que fué de gran magnificencia eclesiástica, y sólo una persona lloró en él, Birotteau, que, solo en una capilla y sin ser visto de nadie, se creyó culpable de aquella muerte y rogó sinceramente por el alma de la difunta, deplorando con amargura el no haber obtenido de ella el perdón de sus culpas.

El abate Troubert acompañó el cuerpo de su amiga hasta la fosa en que debía ser enterrada, y llegado al borde de la misma, pronunció un discurso, donde, gracias á su talento, el cuadro de la virtuosa vida de la testadora tomó monumentales proporciones. En medio de su peroración, los oyentes se fijaron en estas palabras:

«Esa vida llena de obras buenas hechas en pro de Dios y de su religión, esa vida adornada de tan hermosas é ignoradas acciones y de tan modestas virtudes, fué cortada por un dolor que llamaríamos inmerecido, si pudiésemos olvidar, al borde de la tumba, que todas nuestras aflicciones nos son enviadas por Dios. Los numerosos amigos de esta santa virgen, que conocían la nobleza y el candor de su alma, preveían que podría soportarlo todo, menos sospechas que manchasen su inmaculada vida. Indudablemente, la Providencia la llamó á su lado para ahorrarle ciertas miserias. ¡Felices los que pueden reposar aquí abajo en paz consigo mismos, como reposa ahora Sofia en la mansión de los bienaventurados con su velo de inocencia.»

—Cuando acabó este pomposo discurso—repuso el señor de Bourbonne, que contó las circunstancias del entierro á la señora Listomere en el momento en que, acabadas las partidas y cerradas las puertas, quedaron solos con el barón,—figúrese usted que ese Luis XI con sotana dió de este modo el último golpe de hisopo cargado de agua bendita.

Y el señor Bourbonne tomó las tenazas é imitó tan bien al abate Troubert, que el barón y su tía no pudieron menos de sonreír.

—En esto únicamente se desmintió—repuso el anciano.—Hasta entonces su actitud había sido perfecta; pero al tapar para siempre á aquella solterona, á quien despreciaba soberanamente y á la que detestaba, sin duda, tanto como había odiado á Chapeloud, le fué imposible dejar de demostrar su alegría en algún gesto.

Al día siguiente por la mañana, la señorita Salomé fué á almorzar á casa de la señora de Listomere, y al llegar le dijo muy consternada:

—Nuestro pobre cura Birotteau acaba de recibir una noticia espantosa, que demuestra que es víctima de los cálculos más meditados del odio. Ha sido nombrado cura de San Sinforiano.

San Sinforiano es una aldea de Tours, situada al otro lado del puente. Este puente, que es uno de los más hermosos monumentos de la arquitectura francesa, tiene mil novecientos pies de longitud, y las dos plazas que lo terminan son enteramente iguales.

—¿Comprende usted?—repuso la señorita de Villenoix después de una pausa, asombrada de la frialdad que demostraba la señora de Listomere al saber esta noticia.—El señor Birotteau estará allí como á cien leguas de Tours, de sus amigos y de todo. ¿No es esto un destierro tanto más espantoso cuanto que lo echan de una villa que sus ojos veían todos los días y á la que no podrá ya volver? Él, que, desde que empezaron sus desgracias, apenas puede andar, tendría que caminar una legua para venir á vernos. En este momento, el desgraciado guarda cama y tiene fie-

bre. El presbiterio de San Sinfiriano es frío y húmedo, y la parroquia no es bastante rica para repararlo; de suerte que el pobre anciano se va á ver enterrado en vida en un venerable sepulcro. ¡Qué horrible combinación!

Ahora, para acabar esta historia, nos bastará relatar sencillamente algunos acontecimientos y descubrir un último cuadro.

Cinco meses después de estos acontecimientos, el vicario general fué nombrado obispo, y la señora de Listomere murió, dejando mil quinientos francos de renta al abate Birotteau. El día en que se conoció el testamento de la baronesa, monseñor Jacinto, obispo de Troyes, estaba á punto de salir de la villa de Tours para trasladarse á su diócesis; pero aplazó su partida. Furioso al ver que había sido engañado por una mujer á la que él había dado la mano, mientras que ella tendía secretamente la suya á un hombre á quien consideraba como enemigo suyo, Troubert amenazó de nuevo el porvenir del barón y la dignidad de par del marqués de Listomere, diciendo en el salón del arzobispado una de esas frases eclesiásticas henchidas de venganza y llenas de melosa mansedumbre. Entonces, el ambicioso marino fué á ver inmediatamente al implacable sacerdote, y tuvo que avenirse á las duras condiciones que éste le impuso, pues la conducta del barón acusó la más completa sumisión á la voluntad del terrible ensoñanado. Mediante público documento, el novel obispo hizo donación de la casa de la señorita Gamard al cabildo de la catedral, dió la biblioteca y los libros de Chapeloud al seminario, y regaló los dos cuadros á la capilla de la Virgen; pero conservó el retrato de Chapeloud. Nadie se explicó este abandono casi total de la herencia de la señorita Gamard. El señor de Bourbonne supuso que el obispo conservaba en secreto la parte líquida del capital, á fin de estar en situación de sostener honrosamente su posición en París, si era llamado al banco de los obispos de la alta cámara. Finalmente, la víspera de la marcha del señor Troubert, el viejo zorro acabó por adivinar el último cálculo que ocultaba aquella acción, golpe de gracia dado por la

más persistente de todas las venganzas á la más débil de todas las víctimas. El legado que la señora de Listomere había hecho á Birotteau, le fué disputado á éste por el barón de Listomere, bajo pretexto de captación. Algunos días después de promovido este pleito, el barón fué nombrado capitán de navío. Como medida disciplinaria, el cura de San Sinfiriano fué entredicho. Los superiores eclesiásticos juzgaban de antemano el pleito. ¡De suerte que el asesino de la difunta señorita Gamard era un bribón! Si monseñor Troubert hubiese conservado la herencia de la solterona, le hubiera sido difícil hacer entredicho á Birotteau.

En el momento en que monseñor Jacinto, obispo de Troyes, iba en silla de posta á lo largo del muelle de San Sinfiriano para trasladarse á París, el pobre cura Birotteau había sido sacado en un sofá al sol. Este pobre sacerdote, desautorizado por su arzobispo, estaba pálido y delgado. La pena, impresa en todas sus facciones, desfiguraba por completo aquella cara que tan alegre había sido antes. La enfermedad cubría sus ojos, animados antaño por los placeres de la buena vida y desprovistos de penosas ideas, con un velo que simulaba un pensamiento. Aquello no era ya más que el esqueleto del Birotteau, que rodaba un año antes tan contento á través del claustro. El obispo dirigió á su víctima una mirada de desprecio y de piedad; consintió después en olvidarlo, y pasó.

No hay duda que Troubert hubiera sido en otro tiempo un Hildebrando ó un Alejandro VI. Hoy la Iglesia no es ya un poder político y no absorbe las fuerzas de las gentes solitarias. El celibato ofrece, pues, este vicio capital, que, haciendo converger las cualidades del hombre hacia una sola pasión, el egoísmo, hace á los solterones perjudiciales é inútiles. Vivimos en una época en que el mayor defecto de los gobiernos consiste en querer hacer al hombre para la sociedad, en lugar de hacer la sociedad para el hombre. Hoy existe un combate perpetuo entre el individuo y el sistema que quiere explotarle, y que él procura explotar en su provecho; mientras que antaño el hombre, más libre en realidad, se mostraba más generoso con la causa pú-

blica. El círculo en que se mueven los hombres se ha ensanchado insensiblemente: el alma que puede abrazar el sistema no será nunca más que una magnífica excepción, pues, generalmente, en lo moral como en lo físico, el movimiento pierde en intensidad lo que gana en extensión. La sociedad no debe basarse en excepciones. En un principio, el hombre fué pura y sencillamente padre, y su corazón latió violentamente animado por el calor de su familia. Más tarde, vivió en un *clan* ó en una pequeña república, y de ahí los grandes sacrificios históricos de Grecia y Roma. Después, fué hombre de una casta ó de una religión, por cuyas grandezas se mostró á veces sublime; pero aquí el campo de sus intereses se extendió á todas las regiones intelectuales. Hoy, su vida está unida á una inmensa patria, y, según se asegura, muy pronto su familia será el mundo entero. Este cosmopolitismo moral, esperanza de la Roma cristiana, ¿no será acaso un sublime error? ¡Es tan natural creer en la realización de una enorme quimera y en la fraternidad de los hombres! Pero ¡ay de mí la máquina humana no tiene tan divinas proporciones. Las almas bastante grandes para sentir un sentimentalismo reservado á los grandes hombres, no serán nunca las de los sencillos ciudadanos ni las de los padres de familia. Ciertos fisiologistas piensan que cuando el cerebro crece de este modo, el corazón debe empequeñecerse. ¡Error! El egoísmo aparente de los hombres que llevan una ciencia, una nación ó leyes en su seno, ¿no es la más noble de las pasiones. y, en cierto modo, la maternidad de las masas? Para engendrar pueblos nuevos ó para producir nuevas ideas, ¿no deben unir en sus colosales cabezas las mamas de la hembra á la fuerza de Dios? La historia de los Inocente III, de los Pedro el Grande y de todos los directores de siglo ó de nación probarían, en caso de necesidad y en un orden muy elevado, este inmenso pensamiento que Troubert representaba en el fondo del claustro de Saint-Gatien.

Saint-Firmin, abril 1832.





CAPILLA ALCONSON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1911



